

COMENTARIOS a “Echar a andar la maquinaria electoral en escenarios adversos. Prácticas proselitistas, recursos y derroteros del Radicalismo yrigoyenista en Jujuy (1929-1949)”

Nicolás Quiroga (CONICET-UNMDP)

Los textos de Carolina Barry y Adriana Kindgard tienen parecidos y tienen importantes diferencias. Las fuentes, la escala y los problemas son distintos. Para revisar la consolidación del Partido Peronista Femenino, Barry trabaja con documentación que en su mayoría proviene de un proceso inquisitorial, revisa –podría decirse– papeles de oprobio; para reflexionar sobre la trayectoria de Miguel Tanco, un carismático dirigente jujeño, Kindgard lee diarios locales, registros de sesiones legislativas y la data contable de un ingenio. A Barry le interesa “la discusión sobre el significado y alcance de los bienes públicos para el financiamiento de la política”; a Kindgard asomarse a las transformaciones y conversiones del capital político de un caudillo popular de provincias (en especial las que lo ubicaron junto a Perón a mediados del siglo XX).

Puestos en la misma bolsa (en la bolsa de la política), los textos parecen ocuparse de dos fases diferentes en un imaginado modelo general sobre el financiamiento de los partidos (alguno, por ejemplo el que pensó Arnold Heidenheimer). *Parecen*, digo. Kindgard otearía, en ese marco, en la transición de una política hecha de relaciones interpersonales, “caudillescas”, hacia nuevos tratos con el Estado y una realidad más “politizada”; y Barry excavaría en el partido de masas por excelencia de la política argentina, en la expresión última de los deseos de las elites peronistas por inventar, a partir de dos partidos nacionales y una ristra de confederaciones corporativas, una suerte de carroza para entrar en el siglo

XXI (con el Estado a la cabeza, y con nuevas técnicas y nuevos profesionales en el bagaje político de la persuasión).

Pero las similitudes que pueden puntuarse en la lectura conjunta de estos *papers* arruinan cualquier intento por construir un modelo general que contenga el desarrollo (no la evolución) de procesos políticos y flujos de financiamiento, porque ninguno es capaz de conversar con el febril hormigueo de la diversidad que las historiadoras no dejan de señalar en su conversación con los documentos. Ese Tanco no cesa de mutar, aparece y reaparece: el pobrero escribe su nombre con esfuerzo en las paredes de los comités, y los contables del ingenio Ledesma lo conjuran con la cuenta “Partido Popular” de su libro mayor (ese es el sentido de la ranciereana frase “tener las cuentas claras”). Más tarde, Perón tendría su red de promoción en el sistema linfático del “tanquismo” –una desmonetizada red de propaganda local y comités desangelados–, por entonces también, en la imaginación política de la época, mucho más cerca del ingenio Ledesma (gracias a esas cosas de la política que en momentos críticos puede poner en la misma bolsa de los amigos a los enemigos de ayer).

Lo mismo parece pasar con las mujeres del Partido Peronista Femenino: pese a las apariciones de Duverger, Panebianco y todo el equipo generalizador, leemos en la ponencia de Carolina Barry la construcción de una red porosa y estratificada de poderes políticos de distinto orden y naturaleza, en donde sueldos, traslados, saberes de maestras normales, antojos de Evita, libretitas con deseos y necesidades, megahospitales y giros telegráficos de cincuenta pesos son puestos en movimiento, primero por unos y unas peronistas que, como dice Omar Acha en varios de sus trabajos, “lo quieren todo”; luego por una “comisión Nacional Investigadora del Enriquecimiento Ilícito y Actuación de Ex Legisladores” que buscaba *reconstruir* la corrupción genética del régimen depuesto; más tarde por la propia reconstrucción historiográfica. Vemos, en fin, una sopa de deseos, hecha con los “tantos” que se le pudieron arrancar al flujo nervioso del circulante en épocas del primer peronismo.

Los de Barry y Kindgard son textos que incitan a romper los márgenes de la escala, la letra muerta de las fuentes, la específica naturaleza de los problemas. Se hacen preguntas entre sí, se dicen cosas. La primera cosa que se dicen es que es muy difícil entrever, por el momento y bajo una idea acaso demasiado cagatinta de la relación entre política y finanzas,

cómo se pagaban las campañas, de dónde salía el dinero para poner todas las semanas un pasquín en la calle, con cuánto unos hombres y mujeres recorrían el departamento o la provincia, trayendo y llevando. La segunda cosa que se dicen es que, bajo una idea de los costos como una variable entre muchas, la relevancia de las muchas otras variables reordena y renueva cuestionarios historiográficos que fueron obligados a ubicarse debajo del marbete “costos de la política”. Nos interesa saber cómo circulaba el dinero (aunque no sea el único rubro que deberíamos mirar) y, habiéndonos interrogado sobre su origen, preguntarnos qué tipo de prácticas contribuyó a reproducir o transformar, porque una cosa era comerse el asado de un “orejudito” y votarlo (o tal vez no) y otra, muy distinta, era abrazar la causa conservadora (aunque esto sea algo así como un oxímoron), o cualquier causa.

Esas redes tanquistas y esos engranajes de un partido con bordes indefinidos, que cada tanto surgían nuevamente, una vez que dejó de existir ese Estado ominoso en la imaginación inquisitorial y totalista en la imaginación histórico-académica: ¿qué hicieron esos grupos, esos hombres y mujeres?, ¿qué cosas aprendieron de esas maneras de negociar, pedir y reclamar recursos con y de las elites estatales y partidarias del peronismo?; ¿cómo transformaron el registro contable de la necesidad en una economía de oportunidades?, ¿cómo aprovecharon ocasiones para tratar con los poderosos de dinero?

Estos dos textos parecen preguntarse esas cosas. Se susurran algo más, creo haberlo escuchado mientras los leía, casi un principio metodológico para la operación historiográfica en su estudio sobre el primer peronismo: aquello que para las comisiones investigadoras post 55 se encuadró bajo la figura de la corrupción, para los tanquistas y para las mujeres peronistas fueron dones. De esa diferencia se derivarían incomparables abordajes. Enfoques que puedan tratar con ese proverbio arruinador de toda “cuenta clara”: *no importa de dónde vienen sino para dónde van.*